

Ciudades imaginadas, identidad y poder

LUIS FERNANDO BOTERO VILLEGAS

*“Todos llevamos en nosotros
nuestras ciudades inmortales”*
(Bogdanovic 1993: 17).

E

ste artículo quiere hablar de las ciudades como paisaje, es decir, como ciudad construida social, cultural y políticamente por sus habitantes (Poole 1988; Lynch 1991; Estrada 1993) y, además, como comunidad *imaginada* (Silva 1988; Anderson 1993). Según Andersen (1993: 24), “todas las comunidades mayores que las aldeas primordiales de contacto directo (y quizá incluso éstas) son imaginadas. Las comunidades no deben distinguirse por su falsedad o legitimidad, sino por el estilo con el que son imaginadas”. Una ciudad, cualquiera que sea, no

+ Almo del
doctorado en
Ciencias Sociales
de la Universidad de
Guadalajara-CIESAS

se nos da -o no la percibimos- de manera evidente, obvia, natural o inmediata, sino que, por el contrario, la percibimos a través de la imagen que nos hemos hecho de ella -añadiéndole los ingredientes de las imágenes de los demás que, de una u otra manera, han entrado a formar parte de nuestra misma imagen-y mediante la forma como nuestro propio discurso ciudadano la construye o la representa. Es el producto de un imaginario colectivo que cotidianamente le va incorporando nuevos o viejos elementos simbólicos en su transcurrir histórico. La ciudad imaginada de los años cuarenta, por ejemplo, no es la ciudad como paisaje de hoy. Cada día se abre ante nuestros ojos una ciudad distinta porque se han ido añadiendo ingredientes nuevos y desconocidos a través de quienes la transitan, la usan, la visitan o la evocan, Social y culturalmente la ciudad va adquiriendo y manifestando voces insospechadas, porque a cada instante se van creando y recreando sitios y formas de expresión de lo urbano, porque “por su naturaleza, la ciudad es el escenario privilegiado de la innovación sociocultural. En ella surgen o se replantean relaciones e instituciones creencias y símbolos colectivos” (De la Peña 1995a: 9). Los diferentes grupos humanos perciben o imaginan la ciudad que habitan de manera diferente.’ Aunque puedan llegar a percibir e imaginar la ciudad de manera igual en ciertos momentos, Por lo general lo hacen de manera diferente. Son puntos de vista formulados a Partir de una amplia gama de perspectivas que convergen y dan como resultado un paisaje, una construcción que es el cúmulo de anhelos, experiencias, expectativas, frustraciones, quehaceres y nostalgias, escenario del lenguaje, de evocaciones, de sueños, de imágenes, de variadas escrituras, Sí, escenario como medio espacio a donde los habitantes salen a escena a vivir su cotidianidad, a cumplir sus roles, a construir su identidad, a tratar de ejercer su micropoder y a disfrutar de su libertad real o imaginada. La cultura y la economía Política imponen límites que se han desarrollado históricamente (Roseberry 1994) y, por lo tanto, son más profundos que aquellos que corresponden a una determinada planeación urbana o arquitectóni-

ca. En otras palabras, la organización de la familia, la producción, el consumo y el poder político; la cultura y acciones de la gente son condiciones básicas para percibir, ya que el significado de **10 que se ve** y de lo que es visto son creaciones sociales (Lynch 1991).

Desde hace algunos años hasta hoy, las ciudades se han convertido en objeto de estudio para las ciencias sociales que tratan de desentrañar aquello que lo urbano muestra y dice, en un intento por definir, entre otras cosas, qué es lo urbano en nuestras sociedades latinoamericanas. Afinando herramientas teóricas y metodológicas, la antropología, por ejemplo, ha puesto su experiencia etnográfica en un campo que durante mucho tiempo se consideró como propio de la sociología o de la historia (Safa 1993: 283-285). Gracias a los nuevos vientos que comenzaron a soplar, la antropología estimó que lo urbano en general y los grupos que conforman el medio ciudadano en particular eran, asimismo, fuente de promisorios análisis. La antropología urbana comienza entonces a sacar a la luz los diferentes discursos que subyacen en la ciudad? la sectorización y territorialización, las estrategias ciudadanas de subsistencia, las formas de control del espacio, el ejercicio del poder no oficial y la producción simbólica y de identidades son algunos de los aspectos que esta especialidad empezó a reclamar como suyos. Hoy asistimos al florecimiento de una se-

2 Pese a las variadas y acertadas críticas a posmodernismolanzadas por muchos autores, creo que uno de los mayores logros de esta tendencia dentro de la antropología esta en haber liberado las voces que, en la mayoría de las ocasiones, permanecían cautivas en los textos etnográficos o en espacios distintos a los considerados tradicionalmente como antropológicos. Los etnógrafos nos habían acostumbrado a una casi ritual monofonía que ocultaba no sólo lo que otros habían dicho. Sino también las maneras como lo habían expresado teníamos acceso a las experiencias y relatos de los otros a través de la filtrada retórica del investigador pero asimismo nos habíamos acostumbrado a pensar que el campo único para el ejercicio de la etnografía o de la antropología era en medio de grupos exóticos y raros construidos como completamente distintos a nosotros gracias a la crítica epistemológica -promovida también a partir del encuentro de Santa Fe (Nuevo México) en 1984 podemos hoy aproximarnos -entre otras cosas- a formas alternativas de texto en las cuales se pueden escuchar esas otras voces, pero, asimismo, a considerar que no sólo los nativos africanos o de América por ejemplo, sino nosotros mismos y nuestras ciudades, pueden ser motivo de estudio.

3 El discurso ciudadano no sólo es polifónico sino polisémico. No sólo hay muchas voces, sino diferentes sentidos. No habría entonces uno, sino múltiples discursos las prácticas cotidianas de los diversos grupos que ocupan y usan la ciudad son discursos no verbalizados que hay que tomar en cuenta para no caer en la tentación de ciertas formas de objetivación: "el habitante de tal ciudad es así": "nosotros los habitantes de esta ciudad somos así". "Todos los habitantes de esta ciudad apoyamos. Esto nos lleva a pensar que si bien hay un conceso ciudadano -por lo demás parcial- alrededor de ciertas propuestas o taxonomías oficiales igualmente encontraremos un diseño que se opone a ellas.

rie de estudios, unos más afortunados que otros, que nos muestran, Por ejemplo, como era la vida cotidiana en ciudades antiguas, del medioevo o del "Renacimiento". La misma historia ha sido enriquecida con ese ingrediente de lo cultural que libera tantas voces antes desconocidas en los estudios sobre lo urbano; asistimos al resurgir de un entendimiento cultural de la ciudad, con el cual es posible comprender que se gesta una imagen virtual que sustituye a la física en la comprensión y uso del entorno.

Ahora bien, Pienso que aquellos estudios orientados a lo útil o a lo Practico sobre temas puntuales -la vivienda, el agua, las estrategias de sobrevivencia o las formas de habitat en tal o cual sector urbano- pueden ser enriquecidos con los aportes de una antropología urbana y, tal vez, de una antropología política, ya que, evidentemente, son aspectos que reclaman, como podrá verse más adelante, un tratamiento del poder revestido y expresado en cierto tipo de símbolos y retóricas. Si partimos de la visión de una ciudad como un todo formado por multiplicidad de mundos diversos, debemos, entonces, acudir a aquellos procedimientos desarrollados por la antropología (la investigación participativa, el análisis biográfico, la oralidad, el estudio de redes...) para descubrir aquellos aspectos que permanecen ocultos en un análisis macro. En el interior de las ciudades, los agentes sociales -más que actores sociales como bien lo señala Bourdieu (1992)- se ven involucrados en un juego variado de relaciones que dan origen a identidades, las cuales no pueden ser captadas solo en términos de relaciones sociales. Hay que acceder, por ejemplo mediante un enfoque situacional y relaciona1 a aquellos medios de producción de significados culturales que forman parte, a su vez, del desarrollo de intereses políticos y económicos, lo que, en consecuencia, nos lleva a hablar no de la cultura, sino de las culturas urbanas (De la Peña 1993: 25).

En nuestros países, diversos estudios han proporcionado una manera nueva de ver las ciudades (véanse, por ejemplo, los trabajos de Walton 1981; Silva 1988; Kingman 1992; Estrada 1993; Lynch 1991; Selby 1994); son investigaciones que buscan mostrar la experiencia de lo urbano y su conversión en paisaje desde aquellos imagi-

narios con los cuales las personas construyen y se apropian o reapropian la ciudad de manera cotidiana, es decir, histórica. Han sido estudios que nos muestran cómo la ciudad no puede reducirse a la configuración de un entramado vial rodeado por edificios que se suceden unos a otros como simples soportes de un dominio económico. Nos dicen que la ciudad es una dimensión existencial para un conglomerado social que, como tal, tiene en ella no solamente un albergue para su proceder funcional, sino la posibilidad para el desarrollo de su capacidad creativa, así como para la expresión de lo social, lo político y, sobre todo, lo cultural.

Pretendo, entonces, con este ensayo, ofrecer una visión -bastante sumaria por cierto- de la ciudad como comunidad imaginada y como algo construido social, cultural, política e históricamente; pero, de igual manera, quiero proporcionar y describir algunos de aquellos insumos mediante los cuales los habitantes de la ciudad construyen su identidad como ciudadanos. El título hace alusión a la manera como esos habitantes se representan su ciudad, cómo la evocan, es decir, cómo la llaman y la traen al presente de su vida tomando en cuenta su experiencias acumuladas pero, asimismo, cómo ponen en acción y utilizan mecanismos y medios de producción identitaria; cómo ejercen, conscientemente o no, su poder; cómo despliegan su capacidad creativa y cómo aportan su punto de vista.' Quiero aproximarme a la forma como los habitantes de una ciudad crean sentido a partir de su experiencia en apropiarse de aquello que en la ciudad puede "ser-sentido" (Lynch Op.Cit).

4 Asumo la categoría del "punto de vista" por Ricoeur (1969: 53), según la cual ese punto de vista, si bien es único llega a conformar, junto con otros puntos de vista, un horizonte de sentido. Y si nos atenemos a lo dicho por Rosaldo (1991: 123), El resultado de ese punto de vista -incompleto, de mezclas de perspicacia ceguera alcance y limitaciones imparcialidad y predilección- no puede ser que una imagen de la ciudad en nuestro caso parcial imprecisa, interesada y sobre todo, cambiante. no podemos pensar que existe algo así como esencia de lo que es la ciudad: es decir, no nos está permitido llegar creer que hay alguien que pueda llegar captar lo que es la ciudad" en si porque no existe porque es algo que se va creando se va construyendo, por lo tanto, cualquier punto de vista por limitado y parcial que sea es válido ya que no existe un referente metafísico. Un arquetipo al cual acudir para valorar un punto de vista como verdadero o falso, como exacto o incorrecto. Debemos entonces, acudir al conjunto de esos puntos de vista para conocer la manera como los habitantes construyen culturalmente su ciudad, cómo la imaginan, como la dan sentido pero igualmente, sabiendo que esa imagen no se constituye en un ente autónomo sino que se transforma en virtud de las prácticas sociopolíticas, económicas y culturales de los agentes sociales.

*“Las ciudades, como nebulosas de polvo cósmico, estallan
en todas direcciones ante nuestros ojos”*

(Bogdanovic 1993: 16).

Para los habitantes de la ciudad, o al menos para algunos de ellos, existen momentos en los cuales se activan tanto la memoria y la experiencia de reconocimiento como la de evocación de la ciudad. La territorializan y, por lo tanto, elaboran un mapa mental⁵ con base, entre otras cosas, en personas (clases sociales), construcciones o actividades económicas. Pero hay algo más: esas reacciones tienen que ver mucho con la manera como se perciben no sólo el espacio físico, sino el espacio social, es decir, la experiencia que tienen de los demás habitantes y su manera de categorizarlos a partir del lugar social y físico que ellos mismos ocupan dentro de la ciudad. Conceptos como periferia, lejanía, rural, bajo, etc., nos muestran una visión que estos habitantes tienen no sólo de su ciudad, sino de aquellos otros que la habitan. Es, en otras palabras, una manera de ver o construir implícitamente al otro que habita en esos lugares. Los sitios son elegantes o peligrosos, aislados o sucios y sus habitantes son evocados o imaginados de igual forma (Fuentes 1993: 239). Ahora bien, lugares como

el centro o los parques, por ejemplo, son percibidos de otra manera ya que el espacio, más que habitacional, es visto como un espacio común, usado y transitado por personas de diferentes sectores. Aquí la categorización se percibe menos clara, como mezcla de individuos que convergen de todas partes de la ciudad y que proporciona una imagen ambigua, entre la fascinación y el recelo, entre el encanto y la confusión.

Podemos suponer que la mayoría de las personas no sabe cuántos barrios tiene su ciudad y cuál es el tamaño real de la misma. Esta imprecisión revela, en muchos casos, que la ciudad es imaginada por sus habitantes como grande, aunque no sepan exactamente cuán grande (Selby 1994). ¿Por qué? Precisamente para imaginarla como una ciudad y no como un pueblo extenso; para sentirse con el derecho de entrar a competir con otras ciudades en cuanto a tamaño e importancia. El sentimiento de pequeñez, por parte del habitante frente al tamaño de la ciudad, guarda relación también con la diversidad de lugares y personas. A muchos sitios no es fácil acceder por aislados, elegantes o peligrosos. En otras palabras, el habitante sabe que es imposible conocer todo lo que hay en su ciudad y, precisamente por eso, se la representa grande y diversa. Pero es posible asimismo encontrar entre los habitantes una experiencia más personal. Es una experiencia que activa la memoria e idealiza el lugar preferido, aunque se trate de un sitio que sea rechazado por los demás. Esto nos permite ver que hay un manejo distinto del espacio. En esta ocasión se trata de un espacio reconocido, simbolizado e interiorizado. Cuando el habitante se enfrenta -o se imagina enfrentado- con la ciudad entera, su evocación de la ciudad se hace ambigua, pero la evocación del lugar elegido no. Aunque no sea el lugar en donde se viva o se trabaje, el sitio elegido como el preferido de todos los posibles sitios de la ciudad supone una experiencia recordada como agradable o, al menos, como buena; es, en todo caso, una evocación individualizada y, por lo tanto, íntima.

Pero a la experiencia personal podemos añadir igualmente la experiencia de otros cuando se trata de elegir un lugar desagradable. Es decir, se puede establecer un lugar como no agradable aunque no

se haya estado allí, y nos lo imaginamos así porque hemos oído hablar de él a otras personas; nosotros basamos en las experiencias de otros y no tendremos que conocerlo personalmente para afirmar que, en realidad, es un lugar desagradable. Hay un reconocimiento y una simbolización a partir no sólo de la memoria,⁶ producto de una experiencia personal, sino también de la imagen que otros nos han ayudado a elaborar o a construir de esos lugares.

Por otra parte, en cuanto a los cambios que se dan constantemente en una ciudad, hay quienes los perciben como un proceso de conformación de lo urbano a partir del incremento en el número de viviendas, edificios, bienes y servicios, centros de capacitación y de recreación, etc. El referente en este caso, pudiera pensarse, es lo rural; el sector urbano es percibido en contraste con el campo o con la ciudad que en el pasado aún conservaba una imagen más campestre. Para muchos, el cambio puede ser entendido como progreso, como desarrollo según el modelo de ciudad que en la actualidad se tiene: un espacio capaz de cubrir los requerimientos, en todos los niveles, de quienes lo habitan. Pero sabemos que en realidad hay un desfase entre esos requerimientos y lo que ese espacio ofrece. El acceso a los bienes y servicios o al trabajo, por ejemplo, pese a que asoman como derechos de todos, sólo son posibles para unos cuantos; consecuentemente, la ciudad aparece también como el escenario donde las contradicciones y los conflictos son más intensos y frecuentes. Los cambios generan igualmente la posibilidad del surgimiento, entre otras cosas, de la frustración, la violencia y el desempleo.

Por lo general se puede percibir una especie de consenso de satisfacción alrededor de los cambios sucedidos en una ciudad. Estos cambios son vistos como modernización y podemos poner esta visión junto con la imagen de la ciudad como ciudad grande. Es decir, si la ciudad se ha modernizado es porque ha entrado en el ámbito de las ciudades que deben responder satisfactoriamente a un número de habitantes en constante aumento y, por lo tanto, diferenciarse de los lugares campesinos cuyos requerimientos son menores. La ciudad es entonces categorizada como el lugar en donde el progreso se manifiesta con mayor frecuencia e intensidad. El ciudadano expresa su diferencia y construye su identidad con respecto al habitante de los sectores rurales, ⁷ por esto se muestra a gusto con los cambios, sobre todo urbanísticos, que se han dado en la ciudad. Inclusive, no es extraño encontrar habitantes que estén satisfechos por la demolición de sectores antiguos para la construcción de nuevos. Pero tal vez valga la pena preguntarnos si la desaparición de ciertas construcciones como referentes culturales no habrá causado una cierta desmemorización colectiva que conduzca a la destrucción de la ciudad heredada para crear una nueva demanda de progreso y, por lo mismo, a una cierta esquizofrenia del estado modernizante y el decaimiento de la auto-estima por el lugar, expresado, en numerosas ocasiones en deterioro y búsqueda de destrucción del medio en donde se vive. Hay algo importante, y es que no sólo los habitantes construyen simbóicamente su ciudad al atribuirle, por ejemplo, un color, un olor

⁷ El dualismo campo-ciudad es una de las tantas manifestaciones que, a nivel de lo social, ha tenido el dualismo filosófico basado en las categorías alma.-cuerpo en Occidente. Recordemos que, para los griegos, la polis era el lugar que permitía la expresión de lo que debería ser la convivencia perfecta entre los hombres: leyes, normas, sabiduría, paz, armonía, etc., estaban asociadas a la ciudad; por su parte, el campo era el espacio habitado por los bárbaros, los infieles y los ignorantes, es decir, los paganos o bárbaros (ethnoi), vistos casi siempre como una amenaza potencial para quienes vivían en la ciudad. Pero, otra aplicación de dicho dualismo fue activada también al interior de la misma ciudad; el gobernante fue visto como el alma y los gobernados como el cuerpo y, como se sabe, en la filosofía griega- al menos en la platónica- este último debía estar sujeto y subordinado a esa entidad superior o alma; de ahí su tendencia a la centralización de la administración al intento de lograr un orden espacial y a la búsqueda de nuevas formas de control. Si bien es cierto como asegura Nivón (1993:62), que "las zonas metropolitanas actuales no alcanzan a ser comprendidas por la polaridad tradicional ciudad-campo, que había sido una de las bases heurísticas de la comprensión de la ciudad", en el imaginario de la gente, tanto del campo como de la ciudad, esta dicotomía o polaridad continúa activando diferenciaciones importantes

y hasta un sabor, sino que ella, igualmente, construye a sus habitantes alterando sus condiciones de existencia (Kingman Op. Cit.9). La ciudad elabora una determinada mentalidad urbana en sus moradores, por eso, éstos pueden llegar a concebir su ciudad como distinta y hasta mejora otras aun sin conocerlas, ya que, pudiéramos suponer, lo que prima no es tanto el conocimiento inmediato, sino la manera como su ciudad es imaginada. Esto lleva a que se establezcan, incluso, ciertas tipologías producto de lo que ha dado en llamarse “sociología espontánea”: “Los habitantes de A son más secos que los de B, éstos más alegres que los habitantes de C, éstos, a su vez, más emotivos que los de D, pero nunca más que los de E” (Cfr. Silva Op. Cit.). Las ciudades, entonces, al igual que sus habitantes, son también construidas en relación con otras ciudades y con sectores no ciudadanos, es decir, rurales.

Pero el habitante urbano, de la misma manera como idealiza su ciudad, por lo general idealiza, en el momento de dar razón de ellos, a los demás habitantes que comparten con él ese mismo espacio llegando, inclusive, a imaginarlos como iguales (Anderson Op. Cit.). Hay en este caso una abstracción y hasta una homogeneización para definir a los habitantes con un solo calificativo: “el” habitante de... es trabajador, amable, alegre, generoso... De esta forma discursiva, atravesada por la objetivación o la reificación, se construyen, simultáneamente, identidades individuales y colectivas* para contraponerlas a aquéllas de los moradores de otras regiones o ciudades.

Pero cabría preguntarse si no hay una cierta intencionalidad, por parte de algunos agentes sociales, en elaborar un determinado tipo

de retóricas y discursos que redunden, por un lado, en el logro, así sea parcial, de un cierto consenso alrededor de las políticas de las clases dominantes, es decir, discursos de tipo ideológico que ayuden a mantener una imagen natural y familiar del mundo y del poder, por supuesto y por otro, en la construcción de la ciudad como comunidad imaginada y que, de alguna manera, generen asimismo, de forma consciente o no, sentimientos de pertenencia que ayuden a hacer inteligible, es decir, a dar orden y coherencia a esa realidad social que es la ciudad, pese al “caos” con el cual en determinados momentos puede ser percibida.

En este sentido, en un estudio sobre Guadalajara, Walton (1981) señala cómo en la ciudad pueden encontrarse al menos cuatro culturas.⁹ Habla, en primer lugar, de una cultura cívica (p.21) que se hace evidente en la arquitectura, en el diseño urbano, en las grandes iglesias y en las casas de los terratenientes; se refiere en un segundo momento, a una cultura de la modernidad (p.22) reflejada, entre otras cosas, en las nuevas industrias, las multinacionales y en el Parque industrial; se refiere en tercer lugar a una cultura de la clase trabajadora (p.22) con obras modestas; y, por último, una cultura política (P.23) expresada en aquellos edificios del poder público que intentan mostrar la supuesta continuidad de un proyecto de Estado oligárquico propio del siglo XIX a través de una gran cantidad de estas construcciones que se convierten, en virtud de la retórica y retórica ellas mismas-, en símbolos físicos del poder.

“Hablar de la ciudad es aislar un espacio propio”,
(N. Lechner, citado por Fuentes 1993: 241)

Desearía que nos aproximáramos a la manera como la ciudad ha sido imaginada o representada por algunos discursos, según textos de

⁹ Para Walton (Op Cit. 6) “las culturas son producidas por los grupos sociales en conflicto las culturas son las ideologías de los grupos que luchan unos con otros, entre sí por sus ambiciones”.

diferentes épocas y campos, desde la historia hasta la poesía pasando por las retóricas que declaraban no sólo cómo debería ser la ciudad, sino, asimismo, el buen ciudadano. En el imaginario actual de muchos de los habitantes de una ciudad pueden rastrearse esas tecnologías discursivas (De Lauretis 1987) que ayudan a entender e interpretar "SU" ciudad; es decir, la ciudad imaginada y evocada de hoy. Así, según Anderson (1993), como la lengua, los libros o los medios de comunicación se presentan como vehículos para crear conciencia de nación, de la misma manera podemos pensar que el habla, las imágenes, las fiestas y los escritos locales ayudan a crear una específica identidad urbana o citadina, así como a formar una idea de comunidad imaginada, es decir, entendida como un todo que tiende hacia la homogeneidad y la igualdad de oportunidades para todos sus miembros.

Los textos

A menudo pensamos que un texto escrito es algo cerrado, acabado; que en él podemos leer de una manera diáfana y transparente todo lo que su autor quiso decir, como si no hubiera, según advierte Roseberry (1994), no sólo una diferenciación social y cultural, sino, igualmente, relaciones de poder¹⁰ y dominación; creemos que podemos acceder de una manera inmediata a lo que el autor deseó comunicar. Pero ningún texto puede considerarse cerrado, es decir, que en ningún momento podemos llegara pensar que un texto escrito expresa todo lo que su autor quiso decir e, incluso, nos daremos cuenta que expresa cosas de las cuales el mismo escritor no era consciente, no

tanto por el hecho de que no las haya querido decir sino más bien porque no se enteró, no fue consciente de que las había dicho; y por otro lado, veremos que en cierta manera nosotros llegamos a algunas de las posibles interpretaciones a través de nuestros propios implícitos, lo que da lugar a lecturas sesgadas, parciales, interesadas o, también, distintas a las que el mismo autor desea proponer en su texto. En otras palabras, en un texto escrito el autor aporta una parte de lo que se lee y nosotros ponemos la otra en virtud de una dialéctica en la cual pensamos que hemos logrado aprehender lo que con ese texto quiso decir el autor y este, a su vez, piensa que nosotros logramos acceder a todo aquello que el pretendió decirnos, como si viviéramos en un mundo de iguales, homogéneo, y no en una comunidad o sociedad atravesada por las relaciones asimétricas de poder y la desigualdad con respecto al acceso a las oportunidades económicas, sociales, culturales y políticas. Pese a esto, en ocasiones podemos coincidir con lo planteado por el autor cuando participamos de los mismos implícitos producto de una visión y división del mundo (Bourdieu 1980) compartida, sea cuando formamos parte del consenso instrumentado o buscado por la hegemonía (Williams 1980); pero, en otros momentos, esos implícitos serán distintos a causa de las diferencias en cuanto a experiencia cotidiana, cultura o el lugar que ocupamos dentro de la sociedad y, por qué no, en virtud de la posibilidad que hayamos tenido de aprender a impugnar esa imagen familiar del mundo, dando oportunidad a la contrastación y, por no ser -para decirlo de alguna manera- "cómplices" del texto, podremos interpretar-lo y no simplemente reproducirlo. Resumiendo podemos decir que se puede leer un texto (cualquiera que sea) al menos de dos maneras: 1) objetivando nuestra objetivación es decir, explicitando al máximo nuestros implícitos: o, 2) desde nuestros "topoi" (Todorov 1987), aquellos lugares comunes o principios dóxicos nunca impugnados,

Es común leer en ciertos libros de historia, en folletos editados por las llamadas casas de la cultura y oficinas turísticas, textos o artículos en los cuales se nos habla de que la ciudad es "desconcertante" que tiene "magia" que podemos sentir su "embrijo" oculto. O también, que es una ciudad de "poesía" de "sueños" de "quimeras", "de

hombres y mujeres que fueron forjados en la lucha cotidiana del trabajo pero enriquecidos por el canto de una guitarra o el verso del poeta”.

Este tipo de textos nos permite ver cómo ciertas formas de lenguaje poético, recurrente en adjetivos y metáforas así como en imprecisiones, logra despertar en el lector una especie de evocación al hacerlo su “cómplice”. Es decir, precisamente por ese lenguaje poético, simple e impreciso, cada lector recurre a sus imaginarios para representarse a su ciudad, para imaginar en qué consiste su magia, su embrujo y sus quimeras. Pero igualmente se siente formando parte de ese colectivo en la forma como en ocasiones es caracterizado: moderno pero a la vez tradicional, emprendedor, inteligente, trabajador, gentil

Y es que al ofrecer una imagen de la ciudad y de su gente (sobre todo en ciertos momentos) existe la tendencia a la idealización. Cuando se trata de presentara los demás el lugar que habitamos o la gente con la cual convivimos, generalmente se hace una abstracción basada en lo que quisiéramos que fuera ese lugar y esa gente. Hacemos a un lado las sombras, lo negativo y desarrollamos algo así como una alegoría en la cual volcamos nuestras expectativas, anhelos y nostalgias. Es el momento en el cual, ante nuestra mirada -y ante la de los demás- aparece una ciudad inventada. No una ciudad falsa, sino imaginada, es decir, un lugar que proponemos como el modelo o prototipo de lo que debiera ser. Es el ideal de ciudad y de habitante el que proyectamos cuando elaboramos este tipo de discursos.

Cuando se afirma, por ejemplo, que una ciudad es la primera ciudad del país o la segunda después de la capital, inmediatamente entran en juego mecanismos de distinción, de inclusión y de exclusión. Comienza, mediante este discurso, a desarrollarse un medio de producción de identidad que unifica imaginativamente a los ciudadanos pese a que la experiencia nos habla de sus desigualdades. En otras palabras, en el plano ideológico es una comunidad imaginada como igualitaria, pero en el plano material, económico, no lo es tanto. Los habitantes de tal ciudad se sienten distintos de los habitantes de otras ciudades. Se ven con características que los llevan a

reconocerse no sólo distintos, sino mejores. Se comienzan, asimismo, a construir fronteras, territorios bordes mentales que los separen de los demás, que los hagan únicos y exclusivos. Se establece un proceso de diferenciación como factor creador de identidad, construyendo y traduciendo esa diferencia en formas culturales, se tiende a exaltar lo Propio. Las fiestas, las conmemoraciones, ciertas construcciones, el equipo de fútbol, la música o canciones del lugar son algunas de las muchas instancias en las cuales la producción simbólica, de manera constante añade elementos al imaginario para crear, re-crear, inventar e imaginar la ciudad y sus habitantes.

Ahora bien, en ocasiones, estos artículos o algunos textos, sobre todo turísticos hablan de una ciudad ordenada, limpia y casi geométricamente perfecta: rectangular, cuadrada, como un rombo, etc., para invitarnos a percibir una ciudad en donde predomina el orden. En la forma ideal de concebir una ciudad -y recordemos que la ciudad en esto es vista en oposición a lo rural representado como lo disperso-, en ocasiones, como lo caótico-, lo recto, lo amplio, lo limpio se convierten en categorías Para definir lo urbano, lo civilizado. Pero no sólo la ciudad debe cumplir o tener estas características; si la ciudad es idealizada de esta manera, igualmente sus habitantes deben estar de acuerdo con dicho ideal. El buen "ciudadano", para que lo sear para que llegue a merecer el nombre de "hijo dilectísimo de la ciudad", tiene que ajustarse a la Imagen representada o imaginada de ella: mantener limpias las calles, los andenes arreglados, las fachadas de los edificios hermaseadas, no arrojar basuras sobre el pavimento, no "manchar" las paredes con letreros, no obstaculizar con los vehículos el tránsito de los peatones, no dejar que la maleza en-

marañe los predios...; es decir, debe procurar mantener el orden y la armonía en la ciudad.

De otra parte, con respecto a ciertos libros de poesía, muchos poetas se refieren a su ciudad natal como “tierra de mi alma”. Ésta es una localización ambigua que busca expresar un sentimiento profundo. El contexto en el cual la palabra alma es utilizada hace alusión a algo que, en otras palabras, pareciera decir que entre todas las tierras (o ciudades posibles), “SU” ciudad ocupa para el poeta un lugar privilegiado; pero es un sentimiento que el poeta no sólo quiere compartir con los demás habitantes de la ciudad, sino que manifiesta su deseo de que ellos, al igual que él, puedan llegar a sentir lo mismo.

Al llamar “madre” a su ciudad, como lo hacen muy frecuentemente este tipo de versificadores, se sugieren sentimientos específicos de filiación y fraternidad; se establece, pudiera decirse, una relación de parentesco que, a su vez, busca despertar en los habitantes aquellos sentimientos propios de un hijo hacia su progenitora: amor, respeto, cuidado, obediencia..., (Anderson, Op. Cit.202). La personificación, género literario común en este tipo de escritos, se completa cuando los poetas hablan del “regazo”, de las “manos”, del “seno virgen” y del “rostro” de la ciudad. Es decir, la ciudad adquiere un carácter humano particular que intenta obtener, de igual manera, una actitud concreta y positiva de parte de sus moradores, concebidos como hermanos, hijos de una sola madre. Esto, como lo veremos más adelante cuando me refiera a las fiestas, conlleva sentimientos y prácticas de inclusión y exclusión que se convierten, por lo mismo, en factores de diferenciación y de construcción de identidad. No es, entonces, según los poetas, un espacio físico, unos edificios o unas calles lo que hay que amar y respetar, es un ser vivo; es más, es una madre. Mujer-madre, la ciudad es, en los versos de muchos versificadores, humilde y altiva pero, al igual que el pelícano, como se la simboliza en ocasiones, capaz de sacrificarse por sus hijos dándoles su propia sangre. Esta figura retórica es el culmen de la metaforización de la ciudad, de la simbolización del espacio; porque, de no ser así ¿cómo puede llegar a entenderse esta metáfora? Es decir, si no es dentro del contexto de una ciudad imaginada y simbolizada, ¿cómo visualizar la

ciudad que entrega su propia sangre para que los hijos vivan? Por eso, muchas **veces, los** símbolos urbanos -en este caso el pelícano-ciudad- no son objetivados y, por lo mismo, no son reflexionados, sino que son asumidos de manera no consciente entrando a formar parte del imaginario y, por lo mismo, de la cultura. Así las cosas, la ciudad idealizada, abstraída, es deslindada de la vida citadina, de los habitantes. Es “ella”, y no ellos, la que brinda “amor, piedad, dulzura, fraternidad, progreso, alivio y pan”.

Libros de historia y folletos turísticos nos hablan de ciudades modernas y de progreso; pero si nos acercamos a la realidad de estos lugares, nos encontramos con que, por ejemplo, los espacios económicos -instancias de producción simbólica, y por lo tanto cultural- surgidos dentro de la ciudad son diversos y contradictorios. En esas ciudades conviven industrias generadoras de numerosos puestos de trabajo con pequeños talleres que demandan una fuerza de trabajo reducida; grandes y pequeños almacenes; industrias caseras, vendedores ambulantes, la tienda especializada en filtros, lociones y velas para dominar, para obtener dinero o para “amarrar” al hombre amado o la otra tienda que ofrece una amplia gama de productos naturales. Es decir, en la ciudad llamada moderna conviven los imaginarios del presente y los del pasado. Cada uno de los grupos humanos que está al frente de esos innumerables espacios económicos y culturales produce su espacio simbólico, territorializa y marca la ciudad y, por lo tanto, se sitúa en una perspectiva diferente en el momento de evocarla, pero es una evocación que de todas formas, como asegura Anderson (Op. Cit.), le hace creer al ciudadano que forma parte de una comunidad de iguales.

Ahora bien, cada grupo de individuos que produce bienes materiales y simbólicos influye en la transformación de la ciudad. Es decir, cada representación o evocación, inscrita en espacios y procesos socioeconómicos concretos, actúa en las prácticas políticas cotidianas de los ciudadanos (ya sean de obediencia o de resistencia a la norma oficial) sometiendo la ciudad a un cambio permanente. Los diferentes agentes (y sectores) sociales (y culturales) de la ciudad actúan sobre ella de manera persistente e incisiva aportando a esa transfor-

mación su cultura, su concepción y ejercicio del poder, su resistencia, sumisión o indiferencia. Según esto, ¿qué define, entonces, lo moderno de una ciudad? Lo que podemos observar es que, quizá en nuestros países latinoamericanos, las ideas de modernidad y modernización no vienen dadas sólo a través de lo económico, sino, asimismo, por medio del discurso, un discurso que viene de fuera desde fines del siglo XIX y principios del XX. Ahora bien, este discurso de la modernidad y del progreso es procesado en nuestros países por algunos sectores urbanos -sobre todo industriales- desde sus códigos culturales y según las relaciones sociales del momento histórico (Kingman op.cit.38). Pero este discurso o discursos no son neutrales o anodinos, sino que, por el contrario, cumplen un rol importante en prácticas tanto políticas como socioeconómicas, ya que es precisamente allí, en las prácticas, donde son producidos. La caracterización, por ejemplo, de la ciudad como ciudad moderna o poseedora de confort hace alusión, en cierta manera, a las categorías de progreso y desarrollo acentuadas en el contexto del capitalismo de los años sesenta, cuando la oposición tradición/modernidad (o tradicionalismo/ modernismo) llevó a los estados de América Latina a desarrollar programas económicos, sociales o educativos que significaron, la mayoría de la veces, un alto costo social? Lo urbano, que fuera visto como lo moderno, tuvo su correlato en lo rural, percibido a su vez como lo atrasado y como uno de los principales factores de subdesarrollo en nuestros países. Las culturas y tradiciones de estos grupos -campesinos o indígenas- más que una riqueza para las naciones fueron vistas como un lastre para acceder a la modernidad que ya se había establecido, se suponía, en otros países de Europa y Norteamérica, para lo cual incluso llegaron a crearse o inventarse tradiciones nuevas.¹³ La historia y el tiempo vinieron a relativizar tales asertos. En la actuali-

dad, cuando el neoliberalismo busca uniformarlo todo, el campo y algunos espacios urbanos han sido redescubiertos como sitios en donde todavía es posible la construcción de ciertas formas de identidad y el ejercicio del derecho a ser diferentes. En ese tipo de discursos encontramos, entonces, una ideología implícita, es decir, asertos que encubren porque no dicen ni lo muestran todo.

Advertimos también, en este tipo de textos, aquella contradicción o paradoja que por un lado exalta la época actual por el progreso que se va manifestando y por el otro siente nostalgia por “las cosas de antes”. Pero ese pasado es un pasado idealizado, construido. Esta tendencia de regresar a un estado paradisiaco -inexistente- lo encontramos en todas las épocas y en la mayoría de las sociedades. Siempre hay un intento -fallido, por supuesto- de salvar aquello que se percibe como en peligro de desaparecer: costumbres, actitudes, tradiciones, grupos humanos...; o como dice Rosaldo (1991) refiriéndose a la “nostalgia imperialista”, llorar por lo que uno ha matado. Es un intento fallido porque tales elementos no los encontramos independientes o exteriores a los procesos de transformación de una sociedad; están allí, implicados en esos procesos. Los cambios, la mayoría de las veces vertiginosos, toman por sorpresa a muchos de los habitantes de la ciudad y, en ocasiones, los incapacita para asumirlos total y simultáneamente, de ahí la tendencia a optar más bien por una retórica en la cual el pasado se idealiza en un intento por conjurar el presente que se percibe como caótico, incongruente y amenazador. Pero igualmente se activan los implícitos de la norma y la diferencia (Arditi 1988), considerando esta última como un peligro para las supuestas estabilidad y armonía de la sociedad. Lo evidenciamos, de nuevo, en el llamado problema generacional en el cual las personas mayores -los “poseedores” de la norma- ven que “los” valores se desvirtúan por causa de los jóvenes -vistos como generadores de la diferencia.

En resumen, es la sensación de desadaptación constante al entorno social y ambiental producida en los habitantes de una ciudad por deconstrucción identitaria, sino por parte de ciertos grupos. Id búsqueda permanente de nuevos planeamientos políticos que buscan el disenso, es decir, son contrahegemónicos.

los cambios que en ella diariamente se suceden. La retórica expresada en esos textos no es exclusiva de estos autores, forma parte de la visión que sobre la ciudad se tiene. Si bien la gente expresa satisfacción por los cambios, manifiesta asimismo un cierto temor por las consecuencias que pueden traer.

Analicemos ahora otras formas de texto mediante las cuales una ciudad, o lo urbano de una ciudad, se expresa.

En nuestras grandes ciudades," caracterizadas por redes y espacios simbólicos complejos, el graffiti, como texto, ha sido una forma de expresión urbana que igualmente ha añadido elementos al imaginario ciudadano y a la forma de imaginar la ciudad, pero también a la forma de construirse a sí mismo. Lo político, lo social, lo erótico y lo poético se han visto plasmados de manera estratégica en una pared o un muro. Pero, asimismo, el graffiti ha servido para expresar regionalismos a ultranza (ataques por parte de los habitantes de una ciudad o región contra los de otra), lo prohibido y lo obscuro (inscripciones en los baños públicos) y ciertas formas disfrazadas de publicidad. Hay quienes estiman -como en el caso de la gente "cultura" de una ciudad- que muchos de estos "letrados" no pueden ser considerados como graffiti, sino que son expresión de incultura y de irrespeto al ornato de la ciudad; otros piensan que los verdaderos graffiti deben ser expresados por medio de frases ingeniosas con contenido político, poético o filosófico, a la manera de aquéllos que se hicieron famosos en París durante las jornadas de mayo del '68 o de los que aparecieron en otras ciudades hace algunos años.¹⁵ Sea cual fuere el contenido de estos "letrados", lo cierto es que son expresiones de voces que nacen

14 Estoy pensando sobre todo en Bogotá, Lima, Quito y Sao Paulo. Desconozco los graffiti que puedan existir en el Distrito Federal y no he logrado aun familiarizarme con los de Guadalajara.

15 Pensar y aceptar que sólo hay una forma de escritura que tiene el carácter de graffiti verdadero sería caer en una especie de esencialismo que, entre otras cosas, dejaría cerradas las posibilidades a una crítica social para dar paso a una metafísica que intentaría descubrir y establecer el "ser" graffiti para luego dictaminar, mediante un fallo inapelable, cuáles son los criterios para diferenciar los auténticos graffiti de los falsos. Pasa igual con quien sólo gusta de la música "clásica" y considera que la salsa o el rock no son, igualmente, música. Pienso que todas esas expresiones pueden ser estimadas como graffiti, o sea, como formas de expresión pública de algo que, independientemente de su contenido busca ser divulgado y conocido. Lo que puede y debe hacerse pero es elaborar una suerte de tipología en la cual encuentren acomodo aquéllos que para algunos, son de mal gusto o carecen de un mensaje realmente importante.

en el seno de la ciudad. **Produce todo el descontento** político o social, del amor correspondido o frustrado, del sentimiento lúdico de la vida o del simple ingenio, los graffiti están ahí para decirnos que hay que contar con ellos Para cuando hablemos de lo urbano. En este sentido, pienso que sería igualmente interesante hacer un análisis de estas expresiones tomando en cuenta los lugares en donde aparecen algo así como una "geopolítica" del graffiti: la pared de un edificio público, una iglesia, sobre una valla publicitaria, el centro de la ciudad, etc. Considero que, en sí misma, esta distribución podría entrañar algunas formas discursivas de desacato, oposición, descontento, burla o reto, al poder establecido, a cierto tipo de normas o a formas 'naturales' de concebir el mundo, la ciudad y la vida. Ha habido intentos, Por ejemplo en Guadalajara, de "domesticar" **a los graffiteros ofreciéndoles** lugares "oficiales" para expresarse; **como** era de esperarse, la convocatoria tuvo un éxito bastante discreto.

Tal vez podamos pensar que cada letrero, cada graffiti cada valla publicitaria, cada mural o cada pintura forma parte de la manera como la ciudad construye a sus habitantes, de la forma como activa ciertos factores importantes de producción identitaria (**Rappaport en Kingman Op. Cit.43**). Cada una de estas formas de expresión urbana logra, pretendiéndolo o no, construir **SUS grupos respectivos**. Frente tales expresiones -manifestación de la ciudad **polifónica y contradictoria**-, los habitantes optan; se ven en cierta forma obligados a escoger, ya sea de manera afirmativa o negativa; y esas **opciones se** traducen luego en diversas posturas frente a la ciudad, **porque ese** elemento por el cual han optado entra a formar parte, junto con otros elementos -productos, asimismo, de otras opciones la mayoría de las veces no conscientes-, de su imaginario y de su forma de imaginar la ciudad.

Los periódicos, como manifestación, Según Anderson (Op. Cit. 73) del capitalismo impreso que ayudó a la creación de las comunidades imaginadas es quizá otro factor importante en la manera como los habitantes de una ciudad la conciben o imaginan y se imaginan a sí mismos. Puede llegar a pensarse que el periódico local es **percibido** -de manera no consciente- de forma distinta al de otras ciudades.

Hay algo propio, piensa el ciudadano, en cada ejemplar, como que habla de lo que él es o espera ser en conjunto con los demás miembros de esa misma comunidad imaginada, como si estuviera preocupada por las mismas cosas y en búsqueda de algo, asimismo, común. Los periódicos locales, de hecho, traen informaciones de todo el mundo, de otras regiones de esa comunidad imaginada mucho más grande que es el país o la nación, pero siempre se puede encontrar algo que atañe sólo a ese grupo de personas que viven “acá”, porque habla de cosas, sucesos y personas igualmente de “acá”. Este sentimiento ayuda a reforzar no sólo la imagen de una comunidad horizontal, sino asimismo a renovar los elementos afectivos de adscripción o pertenencia a un lugar renovando, de igual manera, sentimientos las más de la veces no conscientes que sirven en los procesos identitarios tanto a nivel individual como colectivo.

Las imágenes

Pero, además de la poesía, de los libros, de los graffiti y de los diarios, hay otros medios de producción de símbolos que colaboran en la construcción de identidad de la ciudad y de sus habitantes. Otros símbolos que van siendo incorporados al imaginario que, como he dicho, es el que construye, reconstruye y reinventa cotidianamente -es decir, históricamente- lo urbano. Uno de esos medios es el de las postales; esas fotografías que muestran aquellos sectores o tradiciones que, se piensa, deben ser perpetuados y mostrados, tanto a propios y extraños, como lo más auténtico y genuino de la ciudad. Alrededor de estos objetos se establece, por lo general de manera no consciente, una especie de consenso ciudadano: lo que muestran las postales se convierte así en el referente primordial de “lo que es” la ciudad. El “otro” que visita la ciudad -un turista por ejemplo- debe llevarse como recuerdo una de esas postales para que en su memoria permanezca el recuerdo de “la” ciudad. Nosotros mismos, cuando enviamos una postal a alguien que vive en otro país, buscamos aquélla que refleje lo más auténtico, lo más representativo de “nuestra” ciudad. En cada época se reinventa la “autenticidad” de la ciudad cuando algunos de

los motivos de las postales han desaparecido o su interés ha sido desplazado por otros. Hace algunos años, podemos constatarlo, las postales mostraban aquello que era digno de verse y recordarse: la fachada de un teatro, la torre de un templo, la plaza central, la antigua estación de trenes....¹⁶ Hoy en día, las nuevas postales ofrecen otros motivos o imágenes que buscan lo mismo: objetivar la ciudad a través de aquello que es considerado como lo más auténtico y representativo.

Ahora bien, en locales como los de edificios públicos o bancos podemos encontrar murales que pretenden ofrecer la síntesis no sólo de la historia de la ciudad, sino también de sus símbolos. Aparecen la bandera, el escudo, la ciudad personificada por una mujer en actitud de victoria o de serenidad, escenas bélicas, flores, cuernos de la abundancia..., en fin, todo aquello que pueda llevara pensara los habitantes de una ciudad que tienen más en común de lo que se puedan imaginar y que, por lo tanto, están uncidos, de manera privilegiada, al carro que los llevará a un mismo y glorioso destino.

Las cadenas locales de televisión, en algunas ciudades, para abrir y cerrar su programación hacen escuchar a los telespectadores las notas del himno del departamento, estado o provincia y, también, alguna canción o música por la cual la ciudad se haya dado a conocer en niveles más amplios. Por lo general, las imágenes proporcionadas por esos canales se refieren a la vida cotidiana: personas caminando, tráfico de vehículos por las principales calles o avenidas, parques, los edificios más grandes y más conocidos, sitios "tradicionales", etc. Creo que en este caso de las imágenes televisivas hay implícito el principio de abstraer aquello que según algunos es lo más representativo y, por qué no, lo más auténtico de la ciudad; es decir, puede llegar a pensarse que hay una especie de consenso alrededor de aquellos espacios y construcciones, tanto antiguos como modernos, que son evocados y actúan como factores identitarios para los habitantes de una ciudad. Esos canales regionales o locales de televisión, si bien se identifican con letras o números, también lo hacen con los nom-

bres de la ciudad o de algo que guarda relación con ella. De igual manera, los canales locales sirven para publicitar mensajes institucionales diversos, los cuales adquieren mayor fuerza al ser presentados, aunque de manera sencilla, como imagen televisiva logrando así una mayor cobertura y cercanía.

Las fiestas

Si el imaginario urbano y la comunidad imaginada se constituyen, entre otras cosas, a partir de la producción simbólica, de la activación de la memoria o de la experiencia cotidiana dentro de la misma ciudad, no podemos dejar de lado ese otro medio importante de producción simbólica que tiene que ver con la construcción de identidad, el sentimiento de pertenencia y el ejercicio de una cierta forma de poder que es el de las fiestas de una ciudad. Quiero que nos acerquemos a éstas desde la perspectiva propuesta, es decir, como un ingrediente más en la forma como el habitante de la ciudad se representa, imagina o evoca su ciudad.

Las fiestas, donde quiera que éstas ocurran, pueden ser consideradas como eventos de inclusión y, a la vez, de exclusión (Bourdieu 1982). También para el habitante urbano, la fiesta es una ocasión para sentir que pertenece a “su” ciudad. Es decir, durante las fiestas el habitante de una ciudad se siente como tal; son las fiestas de “mi” ciudad, y aunque en ellas participen personas de otras partes, estas personas no son de “aquí”, están excluidas de ese sentimiento (Cfr. Gellner 1989: 18); no son hijos “dilectísimos” de esta ciudad. Esto, por supuesto, es propio de las celebraciones festivas de todo lugar, ya sea urbano o rural. La convocatoria a la participación en las fiestas, si bien es abierta, extensible a todos los que habitan en ella, encuentra una resonancia especial sobre todo en quienes han nacido allí. Es, podría decirse, una cuestión de raíces; y mientras más alegres, explosivas y despilfarradoras sean estas fiestas, el “nativo” se sentirá orgulloso consigo mismo y frente a aquéllos que visitan la ciudad durante las mismas, pero sintiendo, aunque de manera no consciente, que la participación del otro, del extraño, no lo hace propiamente uno

de allí; es decir, sigue estando excluido. El establecer esta diferencia genera identidad, por lo mismo, elementos que se suman a la manera de imaginar la ciudad. Pero no nos engañemos, si bien esta identidad producida por la fiesta puede ser, en un cierto nivel, considerada uniforme u horizontal, sabemos que las personas y los diferentes grupos que habitan la ciudad se apropian de manera distinta tanto de los símbolos portados como de los producidos durante la fiesta. Ya lo veíamos antes: la producción simbólica tiene que ver con factores económicos y sociopolíticos; de esta manera, la fiesta generará, en algunos grupos símbolos que les ayudarán a mantener ciertas formas hegemónicas sobre otros grupos; pero, a su vez, propiciará la aparición, transformación o reforzamiento de símbolos contrahegemónicos en los grupos subalternos que se resisten al consenso (Williams 1980); estos grupos, aprovechando la misma fiesta, escenificarán su cultura su tradición y su memoria. Dicho de otra manera, la cultura dominante se expresa de manera distinta a las culturas populares durante ese período. Podemos pensar que la fiesta es el momento durante el cual los diferentes grupos subalternos, o algunos, se cohesionan simbólicamente entre sí -aunque de manera no consciente- de la misma forma en que hacen los grupos dominantes. La fiesta, entonces, puede ser vista como un escenario en el cual cada uno de los grupos -que durante la cotidianidad poseen intereses diferentes y contrapuestos- representa su forma de ver no sólo la ciudad, sino también el mundo y la sociedad. Es decir, es la época de la reproducción de sus respectivas cosmovisiones y sociovisiones. "Las festividades -afirma Bajtin (1990: 14)- siempre han tenido un contenido esencial, un sentido profundo, han expresado siempre una concepción del mundo". Pero esa representación si la analizamos a fondo, es un drama social (Turner 1979) por el cúmulo de contradicciones que ofrece; es un enfrentamiento, una lucha simbólica (Bourdieu 1980) entre las culturas populares y la cultura oficial o de élites. Esas culturas, durante las fiestas, se ven obligadas a recontextualizar, refuncionalizar y redefinir tradiciones, símbolos, experiencias y opciones porque, tanto la cultura dominante como las culturas Populares no son dos esencias exteriores (García Canclini

1986), sino que se originan también en conflictos simbólicos que se agudizan con ocasión de eventos relevantes. Los momentos festivos, entonces, se convierten así en instancias importantes, en medios para la construcción o producción de propuestas culturales y sociales contrahegemónicas, es decir, contraculturales, por parte de los grupos subalternos; pero también, como señala Duvignaud (1979: 192), la fiesta sería “un acto de destrucción de las estructuras esclerosadas, mediante el descubrimiento súbito de ‘todo lo que podría ser’... la irrupción brutal de la naturaleza en la cultura”. Si nos atenemos al señalado por Habermas (1994: 33), la fiesta puede llegar a convertirse -o puede serlo de hecho- en un escenario privilegiado para que algunas instancias de la sociedad civil, tal como él las describe y caracteriza, actúen políticamente, puedan activarse y ofrecer “contraefectos no neutralizables”, es decir, elementos contrahegemónicos.

Cada fiesta, cuando termina, después de la supuesta igualdad, compañerismo y horizontalidad (Anderson, Op. Cit.25) con que es imaginada y celebrada, arroja a la gente común a una cotidianidad donde percibe lo que es realmente posible en el mundo limitado de las oportunidades; pero, también, la fiesta ha permitido que el imaginario colectivo cuente con otros elementos, nuevos o reformulados, que se actualizarán en el momento de evocar o imaginar la ciudad para apropiársela y transformarla.

Los libros, las revistas, las fotografías, las fiestas, las imágenes televisivas aportan, como hemos visto, ingredientes importantes a ese imaginario urbano que ayuda a imaginar esa comunidad que es la ciudad, a construirla como paisaje y que de igual manera sirve para constituir identidades individuales y colectivas.

*‘Yo **siempre he vivido feliz, extrañadísimo y asustado en las ciudades**’.*

(Arguedas, en Kingman Op. cit. 13).

En este ensayo he tratado de describir, más que de analizar, cómo los habitantes de una ciudad construyen mental y metafóricamente una imagen de ella para, entre otras cosas, oponerla a la imagen que sobre otras ciudades poseen y construir su identidad sintiéndose miembros de una comunidad concreta. Textos, imágenes y eventos nos ayudan a captar, asumidos de manera muy sumaria en este artículo, los diferentes puntos de vista sobre la ciudad, sobre lo urbano; Puntos de vista que pueden ayudarnos a acceder a la ciudad como paisaje, como comunidad imaginada, es decir, *como* constructo social, cultural y político cotidiano, alimentado por imaginarios igualmente contruidos o fabricados desde la memoria -y de la amnesia por supuesto- de las tradiciones inventadas, del uso del espacio, de las contradicciones, de los poderes y micropoderes ejercidos y de las luchas simbólicas ocurridas en su seno.

Pero sabemos, de igual manera, que la ciudad seguirá siendo reconstruida o reinventada diariamente por sus habitantes, porque los imaginarios, como parte de la cultura, estarán constantemente sometidos a recontextualización y reformulación cada vez que aquellos referentes que los posibilitaron vayan igualmente transformándose. En otras palabras, el paisaje de la ciudad imaginada está constantemente produciéndose y reproduciéndose, porque los imaginarios que lo construyen se inscriben en procesos económicos, sociales, culturales, políticos y demográficos que están, asimismo, en producción y reproducción constantes.

Todo lo descrito nos debe llevar a pensar también que las ciudades no han llegado a desarrollarse sobre espacios vacíos como consecuencia de una sucesión de actos fundacionales, *sino* a partir de grupos humanos anteriores, de comunidades, asentamientos y barriadas que se ven incorporados en unos casos y desplazados en otros como

producto del desarrollo urbano. Tampoco dichas ciudades se han erigido sobre una matriz cultural única, sino desde diferentes vertientes sociales, culturales y étnicas “que forman parte del paisaje cultural” (Estrada 1993: 17). La existencia de tales asentamientos nos remite no sólo al pasado, sino también a una dialéctica permanente de cambio y resistencia que se constituye, bajo nuevas características, en la contemporaneidad. Muchas veces las referencias históricas se trasladan, de alguna manera, a ciertos mitos coloniales y republicanos dejando de lado no sólo la existencia de otras áreas, otras centralidades, sino, asimismo, el problema siempre irresuelto de las diversidades sociales y culturales. Y es que lo histórico no puede limitarse a las edificaciones, sino que abarca las formas y los procesos de existencia de los pueblos, su trayectoria, sus identidades, sus cambios permanentes.

Si bien es cierto que una de las claves de interpretación para el presente estudio ha sido la oposición campo/ciudad, no podemos seguir pensando en espacios rurales separados, al menos no como se podía haber pensado hace unos 40 años, debido a que el peso de lo urbano, su influencia, es hoy bastante grande: redes de carreteras, sistemas políticos y administrativos, circuitos comerciales, medios masivos de comunicación... Una ciudad, entonces, se ve atravesada por diversos factores sociales y culturales que generan relaciones conflictivas, diferenciadas y excluyentes.

Pudimos ver, por ejemplo, y aunque de manera sumaria, cómo la idea de renovación, de cambio, ha sido asumida como un componente básico de la vida urbana, pero sabemos ahora que la inercia no puede ser propuesta como la característica fundamental del campo. La ciudad está preñada de significados que generan esa idea de cambio, innovación, racionalización en aumento, y esos significados permean, de una u otra manera y con diferentes grados de intensidad, los distintos sectores sociales. Las generaciones actuales, veíamos, asisten y participan de una renovación permanente de sus espacios cotidianos: los cambios en las edificaciones, la implementación de servicios, las mercancías desplegadas en las calles, el tráfico vehicular que sugiere la idea de movimiento, el tiempo convertido en

tiempo-mercancía; todo esto, si bien es cierto que da la sensación de vivir en una ciudad moderna, por otro lado impide acceder al movimiento real de las ciudades, ya que las relaciones entre los hombres son percibidas, muchas veces, como relaciones entre cosas.

Durante mucho tiempo se pensó que en una gran urbe, en donde la población es inestable, donde padres e hijos laboran fuera de casa y frecuentemente fuera de la ciudad, donde el conocimiento entre vecinos es superficial, las relaciones del grupo llamado primario se debilitan y el orden moral en el cual se apoyan se disuelve rápidamente. Hoy sabemos que los fenómenos sociales, y entre ellos los urbanos, no pueden ser vistos sólo desde la perspectiva del cambio y la modernización ni únicamente desde la conservación de elementos culturales pretendidamente tradicionales, sino que se trata más bien, como he tratado de mostrar, de un juego dinámico y dialéctico de fuerzas políticas, económicas, sociales y culturales a través del cual se mantienen, se reconstituyen y se generan las más diversas relaciones e identidades. El propio sentido de lo que ha de cambiar o debe permanecer depende de fuerzas diferentes, tanto del campo social y cultural dominante como de las propuestas alternativas que se generan dentro del campo (Bourdieu 1992), desde la elaboración de propuestas urbanas y las prácticas de planificación, hasta las formas cotidianas y culturales de organización del espacio. No se puede pensar, entonces, que lo que ocurre en una ciudad es sólo el resultado de procesos impuestos desde arriba, sino, además, de una relación, así sea asimétrica, de fuerzas. Se trata, como veíamos, de una disputa, de un conflicto permanente que se libra en términos de apropiación del espacio, de violencia o lucha simbólica, de formas diversas de exclusión.

En cuanto al poder, tal como se ejerce en las ciudades, supone, al mismo tiempo, formas de resistencia como en el caso de las fiestas, durante las cuales los espacios urbanos centrales son tomados por la gente que habita en la periferia o los patrones jerárquicos sufren una especie de inversión simbólica. Pero el problema va más allá de cierto tipo de formas cotidianas de resistencia; el problema urbano debe pensarse -aunque no hayamos hecho alusión explícita en este ensa-

yo- en términos de democratización, de participación real en la toma de decisiones, en la construcción de ciudadanía y en la participación ciudadana (Touraine 1994); en la disputa y acceso a la centralidad y a los microespacios de poder; en “el proceso de redefinir las reglas de la participación social y política, es decir, la configuración de los espacios públicos” (De la Peña 1995b: 5). Para entender este problema del poder hay que acceder a la comprensión de cómo se lo ejerce en las fábricas, en los colegios y escuelas, en los hospitales, en las oficinas de servicios públicos... y, asimismo, cómo se le resiste cotidianamente. Todo esto forma parte importante del llamado fenómeno urbano.

Por el sesgo que se dio a este ensayo se dijeron o se vieron muchas cosas y muchas otras quedaron por decir siendo apenas enunciadas: el control social y simbólico de los diferentes espacios públicos y privados, los discursos específicos de cada uno de los grupos que usan la ciudad y conviven en ella, la violencia y agresividad en el medio urbano, las diferencias en el habla originadas por el contexto político, los intercambios simbólicos ocurridos en diversos puntos de la ciudad, las transformaciones en la cosmovisión y sociovisión de los pobladores rurales que llegan a vivir en los centros urbanos, las múltiples formas de reciprocidad y complementariedad ocurridas en su centro y periferia, en fin, un prolongado elenco de todo aquello que la ciudad, como comunidad imaginada, puede revelarnos.

Bibliografía

- Anderson, Benedict. 1993, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*, México. FCE.
- Arditi, Benjamín. 1988, "El circuito norma-diferencia y los micropoderes" *David y Goliath*, 53: 56-62. Asunción.
- Batjain, Mijail. 1990. *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, Madrid, Alianza Editorial. S.A.
- Bogdanovic, Bogdan. 1993, "En defensa de la ciudad". *Magazín Dominical, Diario El Espectador*. N° 5 17: 16- 17.
- Bourdieu, Pierre. 1980, *Le sens pratique*, Paris, Minuit.
- Bourdieu, Pierre. 1990, *Sociología y cultura*, México D.F.. Grijalbo

- Bourdieu, Pierre. 1992. Réponses, Paris. Editions du Seuil.
- De la Peña, Guillermo. 1993, "Los estudios urbanos en la antropología social británica: 1940- 1970", Antropología y ciudad Margarita Estrada et al. (Comps.), México D.F., CIESAS-Univ. Autónoma Metropolitana, pp 21-29.
- De la Peña, Guillermo 1995a; "Prefacio" en Los hijos de la luz. Discurso, *identidad* y poder en La Luz del Mundo, Renée de la Torre, Guadalajara, Univ. de Guadalajara. ITESO. CIESAS.
- De la Peña Guillermo. 1995b. Lo ciudadanía étnica y la construcción de "los indios" en el México contemporáneo, Guadalajara, CIESAS, policopiado.
- De la Torre. Renée. 1995. *Los hijos de la luz. Discurso. identidad* Y poder en La Luz del Mundo, Guadalajara. Univ. de Guadalajara, ITESO, CIESAS.
- De Lauretis, Teresa. 1987, "The Technology of Gender", *Technologies of Gender: Essays on Theory, Film and Fiction*, Bloomington, Indiana University Press.
- Delgado, Gloria. 1988. *Historia de México Formación del Estado moderno*. México D.F., Alhambra.
- Duvignaud, Jean 1979, El sacrificio inútil. México D.F., Fondo de Cultura Económica.
- Estrada, Margarita et al. 1993, Antropología y ciudad, México D.F. CIESAS-Univ. Autónoma Metropolitana.
- Fuentes, José. 1993, "Mérida: ¿ciudad media o metrópoli regional del sureste?", Antropología y ciudad. Margarita Estrada et al. (Comps.). México D.F. CIESAS-Univ. Autónoma Metropolitana, pp 231-245.
- García Canclini, Néstor. 1986, Las culturas populares en el capitalismo, México. Nueva Imagen.
- Gellner, Ernest. 1989, Cultura, identidad y político. Barcelona. Editorial Gedisa. S.A.
- Habermas Jürgen. 1994, *Historia y crítica de la opinión pública*, Barcelona, Gustavo Gili.
- Hobsbawm, Eric. 1983, "Inventing Traditions", The invention of Tradition, E. Hobsbawm and T. Ranger (Eds.), Cambridge University Press.
- Izko, Xavier. 1992. *La doble frontera*, La Paz, Hisbol.
- Juliano, Dolores. 1992, "Estrategias de elaboración de identidad", *Wñay Marka*, 12:4-8. Barcelona.
- Kingman, Eduardo. 1992, "Ciudades de los Andes: modernización y diversidad", *Ciudades de los Andes, visión histórica y*

Bibliografía

- contemporánea. Eduardo Kingman (Comp.). Quito. IFEA-Ciudad. pp 9-50.
- Lynch, David. 1991, *La administración del paisaje*. Bogotá, Editorial Norma.
- Minello, Nelson. 1986, "Estructuras de poder", Poder y dominación. Perspectivas antropológicas, Villa Aguilera (Ed.). Caracas, URSHLAC-El Colegio de México.
- Nivón, Eduardo. 1993, "La metrópoli como problema cultural". *Antropología y Ciudad*. Margarita Estrada et al. (Comps.). México D.F., CIESAS-Univ. Autónoma Metropolitana, pp 59-74.
- Poole, Deborah. 1988, "Landscapes of Power in a Cattle-rustling of Southern Andean Peru", *Dialectical Anthropology*, 12: 367-398.
- Reguillo, Rossana. 1989, "Las bandas en Guanatos", *Reflejos*. año 1, número 5: 26-29.
- Revista *Reflejos*. 1989, año 1, número 5.
- Ricoeur, Paul. 1969, *Finitud y culpabilidad*. Madrid. Taurus.
- Rosaldo, Renato. 1991, *Cultura y verdad*. México, Grijalbo.
- Roseberry, William. 1994, *Anthropologies and histories. Essays in culture, history and political economy*, Londres. Rutgers University Press.
- Safa, Patricia. 1993, "Espacio urbano como experiencia cultural". *Antropología y ciudad*, Margarita Estrada et al. (Comps.). México D.F., CIESAS-Univ. Autónoma Metropolitana, pp 283-295.
- Selby, Henry et al. 1994, *La familia en el México urbano. Mecanismos de defensa frente a la crisis (1978-1992)*, México D.F., Conaculta-Regiones.
- Sevilla, Amparo. 1993, "Las expresiones culturales de la CONAMUP, o identidades colectivas y lucha urbana", *Antropología y ciudad*, Margarita Estrada et al. (Comps.). México D.F., CIESAS-Univ. Autónoma Metropolitana. pp 189-201.
- Silva, Armando. 1988, *Graffiti: una ciudad imaginada*, Bogotá, Tercer Mundo Editores.
- Todorov, Tzvetan. 1987, *La conquista de América El problema del otro*, México D.F., Siglo XXI.
- Touraine. Alain. 1994, *Qu'est-ce que c'est la démocratie?*. Paris. Fayard.
- Turnes Victor. 1979, *Dramas, Fields and Metaphors*, Ithaca, Cornell University Press.

Walton, John 1981, "Culture and Economy in the Shaping of Urban Life: General Issues and Latin American Examples" Primer encuentro de investigación jalisciense economía y sociedad, Guadalajara, edición policopiada.

William, Raymond. 1980, Marxismo y literatura, Barcelona, Peninsula.

Bibliografía